

HOMBRE VERDADERO

True Human Being

José María Andreu Celma

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (CRETA)

Resumen

El artículo es homenaje al Prof. Jorge Ayala, a su bondad e integridad tanto a un nivel personal como intelectual. Para ilustrar el sentido de su escrito, el autor se remite a una concepción sobre la coherencia entre el pensar y la existencia que puede rastrearse en parte de la historia intelectual de Occidente: un modo de vivir el pensamiento, los valores y creencias donde nuestras decisiones intelectuales son reflejo de un modo de ser; algo muy próximo al concepto de «verdad moral» de Baltasar Gracián.

Palabras clave

Historia del pensamiento occidental; verdad moral; Baltasar Gracián

Abstract

This article is a tribute to Prof. Jorge Ayala, to his kindness and integrity, in both a personal and intellectual sense. In order to contextualise the meaning of Ayala's contribution, this article refers to a particular conception of coherence between thought and existence which can be traced in part to the main course of Western intellectual history: a way of experiencing the thought, values and beliefs through which our intellectual choices reflect a way of being –an understanding which is very close to Baltasar Gracián's notion of «moral truth».

Keywords

History of Western Thought; Moral Truth; Baltasar Gracián

Jesús vio a Natanael, que se le acercaba, y comentó: Mirad a un israelita de veras, en quien no hay falsedad.

Jn 1, 47

«Qué tipo de filosofía se escoge, depende de qué clase de hombre se es; pues un sistema filosófico no es un enser muerto que se pueda aceptar o eliminar arbitrariamente, sino que está animado por el alma del hombre que lo posee». Esta cita de Fichte de la primera de las introducciones a la *Doctrina de la ciencia* explica un poco el sentido de esta colaboración. Se conoce y se enseña la verdad que se vive. Hago esta primera aproximación a la personalidad del profesor Ayala convencido de que todo tiene su propia lógica. La verdad que enseñé durante tantos años como profesor de filosofía era un reflejo de su verdad vital. La sabiduría o verdad de la vida es una verdad frágil pues las cosas más serias, en las que se trata realmente de la verdad, son siempre las más frágiles; su comunicación auténtica sólo puede ser indirecta. La verdad vital, hermosa y oscura, se desliza en nuestro ánimo hechizándole; cuenta, más que

con la fuerza de la razón, con su armonía; cree más en la música de las palabras que en su sentido escueto.

Ya en el umbral venerable y creador de la filosofía Heráclito nos recuerda que el sugerir es el decir propio del filósofo. Su pedagogía es la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda. «Quien quiera enseñarnos una verdad que no nos la diga, simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, desliziándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad. La pura iluminación subitánea que caracteriza a la verdad, tiénela ésta sólo en el instante de su descubrimiento. Por eso su nombre griego *aletheia*, significó originariamente lo mismo que después la palabra apocalipsis, es decir, descubrimiento, revelación, propiamente desvelación, quitar un velo o cubridor. Quien quiera enseñarnos una verdad que nos sitúe de modo que la descubramos nosotros»¹.

El profesor Ayala aprendió esta «casera filosofía»² o «filosofía cortesana»³ rumiando los escritos de su admirado y bien conocido Baltasar Gracián⁴, «padre de filósofos», como lo llamó Schopenhauer, que tenía a Gracián por su autor favorito. Consideraba «el filosofar, aunque desacreditado, como el ejercicio mayor de los sabios»⁵, como «la última felicidad»⁶. Gracián sobresale no por el tema que aborda, la ética, tema de todos los tiempos, sino por el modo de abordarlo. Propone un modo de pensar que nos acerque a la verdad moral, «el colmo de la ambigüedad y de lo inasible, lo inasible de lo inasible»⁷. El conocimiento de un vivir según la carne sólo puede lograrse con un método capaz de aferrar y pensar la intensidad de la vida, el desvanecerse del instante, la fuerza de las pasiones; que enseñe a soportar la melancolía inmensa del vivir. El modo de conocer que enseña Gracián combina la experiencia, el olfato, la sagacidad, la previsión, la flexibilidad, la atención, la vigilancia y el sentido de la oportunidad. Su método es el método de las aproximaciones concretas; nos pone en camino para percibir unas presencias; en este modo de pensar integral se conjugan la razón y la sensibilidad, el ingenio y el corazón, la fuerza y la astucia.

El ingenio, «finitamente infinito»⁸, refracta su actividad en varias direcciones. La ironía, el juego, la crítica y la máscara son las acrobacias del ingenio que intenta descifrar la verdad que «anda siempre atapada»⁹.

Gracián entronca con los representantes más ilustres de la filosofía española, «líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, sobre todo,

1 Ortega y Gasset, J., *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Alianza, 1981, p. 41.

2 Gracián, B., *El Criticón*, III, ii, en *Obras completas*, Madrid, Espasa Calpe, 2001, p. 1281.

3 Así denomina Gracián su discurso sobre el curso de la vida que hace en *El Criticón*, I, «A quien leyere», en *ibid.*, p. 805.

4 El profesor Ayala ha publicado una monografía divulgativa sobre la obra y el pensamiento de Gracián (*Gracián: Vida, estilo y reflexión*, Madrid, Cincel, 1987), y coordinó los colectivos *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra y Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación* (Barcelona, Anthropos, 1993, «Documentos A» y «Suplementos»). Ha coordinado también el colectivo *Baltasar Gracián: tradición y modernidad* (Calatayud, Diputación Provincial de Zaragoza, 2002). Editado, en colaboración con Ceferino Peralta y José M^o Andreu, y la *Agudeza arte de ingenio* (Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 2004).

5 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 100, en *Obras completas*, op. cit., 236.

6 *Ibid.*, 229, p. 280.

7 Jankélévitch, V., *La paradoja de la moral*, Barcelona, Tusquets, 1983, p. 9.

8 Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, L, en *Obras completas*, op. cit., p. 702.

9 Gracián, *El Discreto*, VIII, en *Obras completas*, op. cit., p. 134.

y no en sistemas filosóficos»¹⁰. M. Zambrano piensa que «la novela para los españoles fue lo que la filosofía para Europa»¹¹. La verdad de la vida, que es un género literario, faena poética, de fantasía, es extraña a la rigidez sumaria del espíritu geométrico. La filosofía, antes que un sistema de doctrina, libera nuestro pensar de todas las ataduras dogmáticas.

Ayala, buen discípulo gracián, es el buen entendedor, juicioso y notante, diligente e inteligente, hombre de espera con buenos repentes, mixto de serpiente y paloma, en una palabra, hombre universal. Gracián ha sido su fuente de inspiración, «Viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perennemente los venideros»¹²; «son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza. De las cuales, fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas»¹³. «Hay que aprender de los maestros antes de hacer obra personal, hay que aprender en los libros humanos antes de leer, como se decía en el siglo XVIII, en el libro de la Naturaleza»¹⁴ y releer toda la larga y difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado de la filosofía. Gracián tenía que estar presente de alguna manera en este homenaje. Las numerosas citas gracianas dan testimonio de una tradición y de una experiencia compartidas. «Hay parentesco de corazones y de genios»¹⁵.

La «estrecha religión de la verdad»¹⁶

La mayoría de los hombres no se atreven a pasar por ella. La verdad es ardua y difícil de buscar y soportar. El hombre siente la verdad como una dura exigencia, a la que teme someterse pues nos deja al desnudo. «Cuando toca en desengaño es la quintaesencia de lo amargo»¹⁷. «La verdad en la boca es muy dulce, pero en el oído es muy amarga; para dicha no hay cosa más gustosa, pero para oída no hay cosa más desabrida. La verdad por activa es muy agradable, pero por pasiva la quinta esencia de lo aborrecible»¹⁸. Todos huyen aterrados de ella, «que es traviesa y atraviesa el corazón»¹⁹. «De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, más inquietante, más irritante para mí ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobre la tierra es la de los hombres veraces. Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno. Los he buscado cerca y lejos, entre los artistas y los labradores, entre los ingenuos y los sabios. Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo»²⁰.

Esta experiencia de Ortega es compartida por todos los críticos de la sociedad. Gracián, el satírico más hondo que ha criado España, denuncia el malestar de la cultura sustituyendo la tradición novelística que se basaba en conflictos interindividuales, tan arraigada en la tradición

10 Unamuno, M., *El sentimiento trágico de la vida*, Ensayos II, Madrid, Aguilar, 1958, p. 1005.

11 Zambrano, M., *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 95.

12 Gracián, *El Criticón*, I, i, en *Obras completas*, op. cit., p. 810.

13 Gracián, *El Héroe*, III, en *Obras completas*, op. cit., p. 13.

14 Bachelard, G., *La actividad racionalista de la física contemporánea*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975, p. 53.

15 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 44, op. cit., p. 219.

16 Gracián, *El Criticón*, III, iii, op. cit., p. 1316.

17 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 210, op. cit., p. 274.

18 Gracián, *El Criticón*, III, iii, op. cit., p. 1320.

19 *Ibid.*, III, iii, p. 1312.

20 Ortega y Gasset, J., *El espectador*, 1, Madrid, El Arquero, 1975, p. 20.

cultural de Occidente, por una nueva tradición de novela culturológica del siglo XX, que se pone por objeto la crítica total de la respectiva sociedad y de su cultura. Su voluntad de verdad explica su pasión por la crítica. Representante máximo del pensamiento crítico de nuestro siglo XVII, elige título de su obra *El Criticón*, consciente de que por sí solo ya «está ya provocando ceño»²¹: «Siendo *El Criticón* una inmensa feria de las vanidades y tonterías del mundo es natural que la visión satírica se destaque con toda nitidez. Y aunque no da soluciones apunta las flechas contra los vicios comenzando por el carácter o psicología de los españoles, que son desdeñosos, indóciles, fastuosos y soberbios. Ninguna clase social se libra de la punzante sátira del aragonés»²².

Todo el mundo es «un confuso Babel» cuyo rey es Falimundo, una «Babilonia, todo embuste, mentira, engaño, enredo, invenciones y quimeras... Los hombres de hogaño, llenos todos de engaño, mujeres de embeleco: los niños mienten, los viejos engañan, los parientes faltan y los amigos falsean... El nuestro es un mundo inmundo, laberinto de enredos, falsedades y quimeras»²³. El engaño «que todos platican, es un gran cazador con una red tan universal que enreda todo el mundo»²⁴. Por *El Criticón* pululan hombres fantasmas, «figuras de hombres», «hombres de borra», «hinchados», «hombres mascarados», «hombres a mitad», «hombres diptongos», «hombres huecos sin corazón», «muertos vivos», «hombres bestias», «hombres fieras», «hombres locos»; a todos «secábaseles la lengua para la verdad»²⁵. «En este nuestro siglo, entre tantos millares como embarazan la tierra, media docena de hombres valerosos, aun no otros tantos sabios. Todo lo demás es número, es broma, no sirven sino de consumir víveres y aumentar la cantidad, que no la calidad»²⁶. No se puede ver en el siglo «un hombre de bien, quien hable verdad, quien tenga conciencia, quien obre con entereza... todos agravian la verdad y ayudan al triunfo de la mentira»²⁷. «Hasta los sabios, que toda su vida hace estudio de averiguar la verdad, tan presto como la comieron, la arrimaron, diciendo que tenían hartos con la teórica, que no querían la plática; en especulación, no en ejecución»²⁸.

Fue valiente y sincera S. Weil cuando escribía que «el espíritu de verdad, está hoy casi ausente de la religión, de la ciencia y de todo el pensamiento. Los males atroces en que nos debatimos, sin llegar siquiera a experimentar toda su tragedia, proceden enteramente de eso. El espíritu de mentira y de error se extiende a todas las clases de la población; se apodera de naciones enteras y las lleva al frenesí. El remedio es hacer que vuelva a descender entre nosotros, ante todo en la religión y en la ciencia. El espíritu de verdad puede residir en la ciencia a condición de que el móvil del sabio sea el amor por el objeto que es materia de su estudio»²⁹. Y más adelante: «La necesidad de verdad es la más sagrada de todas. Sin embargo nunca se habla de ella. Cuando se percibe la cantidad y la enormidad de falsedades materiales expuestas sin vergüenza incluso en los libros de los autores más reputados da miedo leer. Pues se lee como se bebería el agua de un pozo dudoso»; «resulta vergonzoso que se tolere la existencia de diarios de los que todo el mundo sabe que ningún colaborador podría permanecer en el cargo si a veces no aceptara alterar conscientemente la verdad... Es necesario que los

21 Gracián, *El Criticón*, I, «A Quien leyere», en *Obras completas*, op. cit., p. 805.

22 Blecua, J. M., *Prólogo al Criticón*, Zaragoza, Clásicos Ebro, 1966, pp. 22-24.

23 Gracián, *El Criticón*, III, iii, op. cit., p. 1301.

24 *Ibid.*, III, iii, p. 916.

25 *Ibid.*, III, iii, p. 1298.

26 *Ibid.*, III, viii, p. 1424.

27 *Ibid.*, III, iv, p. 1341.

28 *Ibid.*, III, iii, p. 1318.

29 Weil, S., *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996, p. 201

hombres sean formados en una escuela donde no se les dé una educación jurídica, sino principalmente espiritual y secundariamente intelectual. Es necesario que se acostumbren a amar la verdad. No hay posibilidad alguna de satisfacer a un pueblo la necesidad de verdad si para ello no pueden encontrarse hombres que la amen»³⁰.

Refiriéndose a su época escribía Pascal: «La verdad está tan oscurecida en este tiempo y la mentira tan establecida que si no amamos la verdad no tendremos capacidad de conocerla»³¹. Su contemporáneo Gracián denuncia cómo «la verdad está muda y la mentira trilingüe; los sabios no tienen libros y los ignorantes librerías enteras; los libros están sin doctor, y el doctor sin libros»³². Tan presentes están el engaño, la mentira, el artificio, que «la amarga verdad no sabe adónde ir»³³. «Como el río Guadiana, aquí se hunde y acullá sale; hoy no osa chistar, parece que anda sepultada, y mañana resucita; un día por rincones y al otro por corrillos y por plazas»³⁴.

Por insoportable ha sido echada del mundo: «quedó desamparada la hermosísima verdad, y poco a poco, a empellones, todos la fueron echando tan lejos que aun hoy no parece ni se sabe dónde haya parado»³⁵. La causa de todos los males que afligen a la sociedad es el destierro de la verdad y la consiguiente apoteosis de la mentira. La mentira, «hija primogénita de la Malicia, es la autora de toda maldad, arpía que todo lo inficiona, fitón que todo lo anda, hidra de muchas cabezas»³⁶. «Todos huyen por no oír el odioso cuerno de la verdad»³⁷; «ni los príncipes, ni los sabios, ni los ancianos, ni los muchachos, ni los oficiales, ni los sastres, ni los mercaderes, ni los cortesanos, ni las mujeres: desta suerte fueron pasando por todos los estados y empleos y no se halló quien quisiese arrostrar a la verdad»³⁸. «El sueño de la razón produce monstruos» escribirá y pintará Goya en el Capricho 43.

Los hombres «como no les gusta que les engañen, tampoco les gusta convencerse de que se engañan. Por eso odian la verdad, a causa de aquello que aman en lugar de la verdad. La aman cuando brilla, la aborrecen cuando reprende. No quieren que nadie les engañe, pero quieren engañar. Por eso la aman cuando se descubre y la odian cuando les descubre a ellos. La paga que ella les dará será descubrirlos contra su voluntad, ya que no quieren que nadie les descubra. Por otra parte, ella no se les manifestará»³⁹. «Ninguno la quiere decir, con que no se usa; solas quedan en el mundo algunas reliquias della, y aun éstas se descubren como misterio»⁴⁰. «Mas ella ha muchos siglos que dio en cuerda, retirándose a su interior, fingiéndose acatarrada y aun muda»⁴¹.

Sin embargo, los hombres no pueden vivir sin ella; la necesitan para vivir. Un mundo en el que el embuste, la ficción y el embeleco han plantado sus reales es una torre de Babel en la que la confusión llega a ser omnímoda e insuperable; la convivencia es imposible. Por eso «el Supremo Parlamento trató de volverla a introducir en el mundo a petición de los mismos

30 *Ibid.*, pp. 48-50.

31 Pascal, B., *Pensamientos*, en *Obras*, Madrid, Alfaguara, 1981, p. 824.

32 Gracián, *El Crítico*, I, vi, op. cit., p. 883.

33 *Ibid.*, II, ii, p. 1043.

34 *Ibid.*, III, iii, p. 1315.

35 *Ibid.*, I, vi, p. 877.

36 *Ibid.*, I, vii, p. 885.

37 *Ibid.*, II, xiii, p. 1249.

38 *Ibid.*, III, iii, p. 1318.

39 Agustín, *Confesiones*, X, 34, Madrid, BAC, 1988, p. 341.

40 Gracián, *El Discreto*, VIII, op. cit., p. 134.

41 *Ibid.*, XXIV, p. 192.

hombres, que no podían vivir sin ella. Todos andaban perdidos y gritando: Vuelva, vuelva la verdad»⁴².

La verdad sólo puede refugiarse en el ánimo del hombre virtuoso, cuya virtud cabal es la entereza «corona de la discreción»⁴³. No puede darse la verdad sin la virtud, ni ésta sin la veracidad existencial.

Entre todas las cosas «es justo preferir la verdad»⁴⁴. La verdad de la vida es lo que más merece ser buscado. Queremos conocer la verdad para vivir de verdad; deseamos la verdad para amar en la verdad. Deseamos conocer la verdad de lo que amamos. El amor real y puro es por sí mismo espíritu de verdad. Centrándonos en la verdad lo importante es que cada uno, viviendo de la fuerza de su alma, vaya dando forma a la sabiduría, a la melancolía y a las experiencias que hay dentro de él hasta dar con su propia verdad, saber cómo es en realidad para comportarse en cualquier situación prosiguiendo su propia vida y, en un diálogo interior y silencioso consigo mismo, realizar la verdad que ha de guiarlo hacia la verdadera vida. «Agarrándonos a la verdad, a la verdad nuestra, asociándonos a su descubrimiento por haberla acogido en nuestro interior, por haber conformado nuestra vida a ella, arraigándola en nuestro ser, sentimos que nuestro tiempo no pasa en balde»⁴⁵.

Para ello necesita conocer la no-verdad que hay en su vida y esforzarse por eliminarla. La no-verdad es algo que pertenece a la condición humana. Estamos totalmente cegados por nuestros sentimientos, deseos y preferencias. El conocimiento desenmascarador es muy difícil debido al poder de resistencia del inconsciente, a la inclinación irresistible a dejarse engañar; «en nada se engaña uno más fácilmente que en aquello que favorece la buena opinión acerca de sí mismo»⁴⁶. Fingimos modos de ser que no son el nuestro, y los fingimos sinceramente, no para engañar a los demás, sino para maquillarnos ante nuestra propia mirada. «La pasión y el engaño son dos escollos celebrados de los aciertos, que si éste es engañarse, aquélla es un querer engañar»⁴⁷. Actores de nosotros mismos, hablamos y operamos movidos por influencias superficiales que el contorno social o nuestra voluntad ejercen sobre nuestro organismo y momentáneamente suplantando nuestra vida auténtica. Y por eso es para nosotros, seres finitos, sumamente indispensable la desconfianza hacia nosotros mismos a causa de la impureza de nuestros motivos. Es necesario que «el martillo escultórico de la corrección de sí mismo, de la autoeducación, del arrepentimiento, de la mortificación, alcance a todas aquellas partes de nosotros que salen fuera de la figura que nos ofrece nuestra imagen ante Dios y en Dios»⁴⁸.

Cada uno tiene la responsabilidad de transformar su no-verdad en su verdad. Como decía Wittgenstein la filosofía nos libera de los ídolos y quizá sólo pueda hacer eso. La reestructuración de la personalidad atiende a los núcleos afectivos que son los que más se resisten al cambio. Para cambiar los afectos hay que centrarse en otro objeto de amor que totalice la búsqueda. El cambio no se opera por la movilización de zonas afectivas angustiosas sino a través del gusto, del placer experimentado en esas zonas de la sensibilidad profunda. Son como un proceso de reconversión libidinal: quitamos la carga afectiva de unos objetos buscando un

42 Gracián, *El Criticón*, III, iii, op. cit., p. 1317.

43 Gracián, *El Discreto*, XXIV, op. cit., p. 193.

44 Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, I, 5, 1096a 15, Madrid, Gredos, 1985, p. 135.

45 Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1989, p. 20.

46 Kant, I., *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Madrid, Alianza, 1981, p. 73.

47 Gracián, *El Discreto*, XIX, op. cit., p. 177.

48 Scheler, M., *Ordo amoris*, Madrid, Caparrós, 1996, p. 38.

nuevo objeto al que invertir de toda esa energía afectiva. La verdad no aparece más que al fin de la transformación. Va haciéndose presente en la medida en que se realiza.

La verdad de la vida

La verdad es el esplendor de la realidad. La verdad es la posesión intelectual de la índole de las cosas, saber lo que son las cosas. Cuando conocemos la verdad la inteligencia reviste la forma misma de las cosas. Es un acuerdo del pensamiento con las cosas, o un esfuerzo por estar de acuerdo con ellas. La inteligencia necesita aprender a acercarse a las cosas, para que éstas se le manifiesten cada vez más. La primera condición de la verdad: atenerse a las cosas mismas.

Podemos hablar de analogía cuando nos referimos a la verdad. La verdad es múltiple, al par que una. «Debemos hacernos cargo de que la palabra verdad no es unívoca, que con esa unidad del nombre allanamos, nivelamos y confundimos innumerables y esenciales diferencias en la realidad que es la acción inteligente... hay un sinnúmero de formas de pensamiento que tienen su propia y diferencial estructura»⁴⁹. «Los modos de la conciencia que accede a los objetos son *de manera esencial* dependientes de la esencia de los objetos. El ser impone el acceso al ser. El acceso al ser pertenece a la descripción el ser»⁵⁰. La fidelidad a los objetos de conocimiento exige una sensibilidad muy fina para captar las condiciones de cada realidad.

La vida necesita de la verdad, mas de su verdad, es decir, de la verdad en cierta forma. Lo que de veras importa es hacerse persona. No el saber por el saber, sino el saber vivir: «el saber vivir es hoy el verdadero saber»⁵¹. La orientación práctica de la razón es lo decisivo. «Toda la vida ha de ser pensar para acertar el rumbo»⁵². «Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño»⁵³.

Lo que importa es la verdad para el hombre. El hombre es de tal condición que le es preciso que se le revele lo que lleva dentro de sí: su propia vida. Se requiere para ello un uso de la razón complejo y delicado, capaz de acoger dócilmente los datos de la experiencia integral, iluminándolos. La realidad de la vida, tan compleja, pierde algo de su claridad, es como una esfera de visión que se difumina en los bordes y aparece entonces una zona de claroscuro, que acaba desvaneciéndose en la oscuridad. Lo conveniente como tal proyecta una trémula sombra sobre las cosas. Su conocimiento atrae hacia sí no sólo los pensamientos y las creencias formuladas, sino al cortejo de indicios, entrevisiones, conjeturas, larvas de pensamiento y conatos de deseo; suscita dudas, interrogaciones; hace sentir, aun apareciendo como válido, su insuficiencia. «Sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparado de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado. Un método surgido del *Incipit vita nova* total, que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida. Y todavía más de las agazapadas por avasalladas desde siempre o por naciendo»⁵⁴. La razón vital es una razón «casera», capaz de pensar las

49 Ortega y Gasset, J., *Goethe, Dilthey*, Madrid, Alianza, 1983, p. 107.

50 Lévinas, E., *Ética e infinito*, Madrid, Visor, 1991, p. 32.

51 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 232, op. cit., p. 282.

52 *Ibid.*, 151, p. 254

53 Gracián, B., *El Discreto*, XXV, op. cit., p. 198.

54 Zambrano, M., *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 15.

cosas en su mínimo grado de abstracción y generalidad, adecuada para captar el logos de lo diario.

La verdad humana es una verdad oscura y confusa como la vida misma. En la realidad de la vida existe un exceso de sentido que no puede ser captado ni expresado adecuadamente por el concepto. Un pensar que mana de la experiencia intuitiva y directa de la vida es un pensar simbólico. La verdad de la vida es una verdad figural, una verdad simbólica. Las profundidades del espíritu, que están más allá de las palabras, sólo pueden ser desveladas con figuras, comparaciones y semejanzas. Es inherente al símbolo verbal y al acto simbólico que lo que es manifiesto nunca logre expresar exhaustivamente aquello a lo que se alude con el espíritu. El símbolo siempre conserva sus trasfondos secretos, es como un vestido que sugiere la forma del cuerpo y, al mismo tiempo, la oculta; como la verdad que es «como una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por eso anda siempre atapada»⁵⁵. La verdad de la vida estaría arropada en algo así como los paños cubiertos por el manto protector de los símbolos. El encanto de la verdad quizá resida en estar encubierta su hermosura por un velo que le da un aspecto prometedor, insinuante, seductor. Nietzsche decía que si hay algo que nos resulta demasiado evidente, debemos desconfiar de ello, con seguridad se trata de una mentira que se nos ha insinuado en la cabeza.

El fanatismo por la verdad no es amor a la verdad. Comprender es ver sin la pretensión de captar y absorber, es un difícil contenerse y mantener distancias. La simultaneidad de la presencia y la ausencia es la esencia misma de la discreción. Frente a la luminosidad de la exactitud y del rigor nos contentamos con la luz crepuscular de lo aproximado. La aproximación es la condición de la verdad que se busca en la penumbra. Se trata siempre de una luz viviente. Su desigual claridad es más evocadora de la lámpara de aceite indecisa, alada y vacilante, que de la uniforme luz de la conciencia y de la luz pura. Las imágenes de la pequeña luz nos enseñan a amar ese claroscuro de la visión íntima: «sus resplandores se hacen invisibles cuando el pensamiento trabaja, cuando la conciencia está bien clara. Pero cuando el pensamiento reposa, las imágenes velan»⁵⁶. Los rayos de su suave lumbre nos guían en la noche de este mundo ungiéndonos con la esperanza de un día eterno.

Las verdaderas cuestiones humanas no son problemas sino misterios que nos trascienden; a pesar de eso debemos iluminar desde nuestra humilde condición los misterios que se asoman en nuestra interioridad. Cuando la razón se enfrenta a misterios y no simplemente a problemas es cuando muestra su lado más débil, es decir, su constitutiva precariedad. La vulnerabilidad de la razón humana luce con todo su esplendor cuando se cruza frontalmente con el misterio de la existencia humana. Entonces titubea, avanza a trancas y a barrancas, dibuja largos meandros especulativos, en definitiva, duda. Hay una meta, pero ningún camino; lo que nosotros llamamos camino es duda.

La verdad de la vida es una verdad cordial

El hombre es el ser tenso y compuesto de deseo e inteligencia; además de inteligencia, es voluntad y como es voluntad tiene su raíz hundida en el querer, en la pasión. Las experiencias espirituales son más profundas que el mismo pensamiento.

⁵⁵ Gracián, *El Discreto*, VIII, op. cit., p. 134.

⁵⁶ Bachelard, G., *La llama de una vela*, Barcelona, Laia/ Monte Avila, 1989, p. 13.

La disposición interior del alma determina el juicio sobre las cosas. La mejor escolástica concedió un papel importante al conocimiento del corazón que tiene razones que la razón no comprende. «Crear al corazón, y más cuando es de prueba. Nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa: oráculo casero. Percieron muchos de lo que se temían; mas ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazón, ventaja del superior natural, que siempre los previene, y toca a infelicidad para el remedio»⁵⁷.

El corazón es una metáfora de la vida en lo que tiene de más secreto e incommunicable, fondo íntimo del sentir originario, *a priori* no declarado de la dirección que toma el conocimiento. «El corazón es el lugar privilegiado donde las entrañas envían su sentir, su gemir, su aviso, donde se enciende la luz que entre todas alumbran, la llama que entre todas encienden, que si se la atiende llega a ser fiel a su ser»⁵⁸. M. Zambrano, asomándose a las interioridades del hombre, nos avisa: «la filosofía ya en su comienzo fue la ruptura del Misterio. Su principal virtud fue la transparencia. Pero lo primero que sentimos en la vida del corazón es su condición de oscura cavidad, de recinto hermético. El corazón es el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida, la entraña donde todas encuentran su unidad definitiva, y su nobleza»⁵⁹. «La forma del corazón, dice Gracián, es en punta hacia la tierra, porque no se roce con ella, sólo la apunte: bástale un indivisible. Al contrario, hacia el cielo está muy espacioso, porque de allá reciba el bien, que él solo puede llevarle. Tiene alas, no tanto para que le refresquen, cuanto para que le realcen. Lo que más es de estimar en él: que no engendra excrementos como las otras partes del cuerpo porque nació con obligaciones de limpieza y mucho más en lo formal del vivir; con esto está aspirando siempre a lo más sublime y perfecto»⁶⁰.

Cada cual conoce de modo experiencial e incommunicable su propia subjetividad, que hunde sus raíces en algo profundo y misterioso. Conocerse consistirá en poder ver los movimientos más íntimos, esenciales y, por ello mismo, inconscientes, de nuestro ser, sorprendernos en ellos: poder describirlos y dirigirlos. El conocimiento de las pasiones forma parte de ello.

Las pasiones son tendencias, ímpetus que llevamos dentro, manantiales y fuentes de energía que deben ser iluminadas por la razón. La razón debe permanecer alerta y vigilante para que las pasiones no lleguen a dominarla pero también debe iluminar y recoger las entrañas de la vida, doloridas y rencorosas, de una existencia a medias y no anularlas negando sus manifestaciones más inmediatas. Debemos escuchar las palabras que el cuerpo nos dirige y no extirpar la parte opaca de nuestro ser, escollo con el que chocan todos los esfuerzos de la razón. El cuerpo, plural en sus instancias y en sus necesidades, murmura, inquietante, sus lenguajes que la razón no consigue acallar.

Al dirigir la mirada sobre sí, el hombre siente la necesidad de tener que ir a buscarse más allá del sí mismo conceptual. Desde el principio la vida necesita saberse en algún modo, por oscuro, por apegado que esté al organismo viviente. No podemos desatender el parpadear, el centellear de las entrañas. Una razón a la medida del hombre es una razón misericordiosa: recorre nuestras entrañas para llevar un rayo de luz a nuestra vida dispersa y oscura; «es una razón maternal, poco despegada de lo concreto y corpóreo, delicada y recia a un tiempo, tan

57 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 178, op. cit., p. 263.

58 Zambrano, M., *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 111.

59 Zambrano, M., «La metáfora del corazón», en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endymion, 1996, p. 96.

60 Gracián, *El Criticón*, I, ix, op. cit., p. 934.

imposibilitada de hacerse idealista, tan divinamente materialista»⁶¹, que escucha la soledad sonora del corazón.

Es menester gran discreción para que todo vaya con suavidad y se muestre interiormente la verdad, una verdad discreta que confiere visibilidad a las cosas sin pretender hacerlas transparentes. Existen en nosotros rincones sombríos que no toleran más que una luz ni siquiera blanca, vacilante, luz tan solo como un alba; en el umbral del alba opacos, vagos son sus primores fulgores; asoma luz entre la oscuridad, una luz desigual que lucha con la sombra y hasta íntima con ella.

La sensatez y la cordura sugieren una racionalidad amplia que integra el querer y el sentir. Ese saber del corazón se plasma en las sentencias, sentires a la vez que pensamientos. El sentir y el entender, por una especie de simbiosis, se alimentan y modifican mutuamente. Nuestras facultades superiores son configuraciones especiales de los deseos más profundos. El saber que importa es «el saber con recta intención. Monstruosa violencia fue siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. Ciencia sin seso locura doble»⁶². Las cargas afectivas distorsionan frecuentemente el funcionamiento de la mente. «Por eso la sabia naturaleza dispuso que el corazón y el cerebro en la formación del hombre comenzasen a la par para que fuesen juntos el pensar y el obrar»⁶³.

Las pasiones hacen que vivamos la realidad desde determinados niveles de afectividad. Cuando el logos ilumina el territorio de las pasiones nos hacemos virtuosos, excelentes. El arte de prudencia es el arte para vivir nuestra vida pasional. Ninguna pasión estorba: nada que se nos haya dado ha de aniquilarse. La racionalización de las pasiones no es su supresión, sino «un arte en el apasionarse»⁶⁴. No es deseable un languidecer de las pasiones, menos su anulación. «El hombre inapasionable»⁶⁵ no es el apático estoico sino el que, siendo «apasionado de lo selecto»⁶⁶, «no obra apasionado»⁶⁷, es decir, «el que no se sujeta a peregrinas, vulgares, impresiones»⁶⁸.

Conocernos de verdad es vernos en unidad, en una unidad viviente que incluye todos los aspectos de nuestra vida. El reto antropológico es implicar todos los niveles de la persona para una apropiación de la verdad que sea no solo cognoscitiva y volitiva, sino también sensitiva. Se da una discordia entre la sensibilidad y la razón que hace de la vida espiritual una lucha. Pero a medida que el hombre avanza en la ordenación de sus potencias y sus sentidos se instaura en él la concordia de cuerpo y alma.

La verdad como don de Dios

Si la verdad es una necesidad humana no procede del hombre. La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger. Su última fuente no es, ni puede

61 Zambrano, M., *Senderos*, op. cit., p. 113.

62 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 16, op. cit., p. 209.

63 Gracián, *El Criticón*, II, viii, op. cit., p. 1176.

64 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 155, op. cit., p. 255.

65 *Ibid.*, 8, p. 207.

66 *Ibid.*, 33, p. 215.

67 *Ibid.*, 289, p. 299.

68 *Ibid.*, 8, p. 207.

ser, el hombre, sino Dios, o sea Aquel que es Verdad y Amor que nos precede y constituye. «La verdad es hija, no ya del Tiempo, sino del mismo Dios»⁶⁹.

La verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe; en cierto sentido se impone al ser humano. Nuestra propia verdad nos ha sido dada. «El fin del sabio es la unión de su propio espíritu con la misteriosa sabiduría inscrita en el universo. ¿Cómo puede haber oposición o siquiera separación entre el espíritu de la ciencia y el de la religión? La investigación científica es sólo una forma de la contemplación religiosa»⁷⁰. La verdad necesita de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola. «La verdad sólo se da, sin temor y con temor a la vez, con temor siempre, al que se queda palpitante, inerte ante ella, toda ciencia trascendiendo. Y al reencontrarse así con ella, va con ella y la sigue; sigue a la verdad, que es lo que ella pide»⁷¹.

La verdad llega de Dios al mundo y le da base; penetra lo que es y le da ser; irradia en el espíritu humano y le da esa claridad que se llama conocimiento. La verdad es siempre un rayo de luz que viene desde Dios e ilumina al hombre.

La verdad es uno de los conceptos centrales y fundamentales del Nuevo Testamento. En el sentido de la palabra veterotestamentaria *emet*, la palabra griega *aletheia* significa en el Nuevo Testamento primeramente lo que tiene consistencia y vigencia, lo que es norma valedera, y consiguientemente también aquello de que uno puede fiarse. Pero también significa, más en sentido griego, la realidad patentizada, y por tanto también la recta doctrina. S. Juan da a la palabra verdad su sentido más profundo: verdad es lo contrario de la mentira. La mentira designa la condición de la humanidad alejada de Dios, que se resiste a la luz, quiere independizarse de Dios y así cae en las tinieblas del error.

Para el cristiano Cristo es Dios y por eso es la Verdad (Jn 14, 16). Él es la verdad en cuanto que es la integración absoluta y definitiva de todas las automanifestaciones de Dios a lo largo de la historia (Hb 1, 1). Ha venido al mundo «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14) para «dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). Cuando deja este mundo envía «el espíritu de verdad», que permanecerá con los discípulos y los llevará a toda verdad (Jn 14, 17; 16, 13). S. Justino decía que todos los que han dado testimonio de la verdad han sido testigos de Cristo, la Verdad que entronca todos los fragmentos de verdad dispersos por el mundo. Por esta razón veneraba a Sócrates como cristiano. Quien busca sincera y apasionadamente la verdad está en el camino de Cristo. «Me parecía indudable, y aun hoy lo sigo creyendo, que no se puede resistir demasiado a Dios si se hace por pura preocupación por la verdad. Cristo quiere que se prefiera la verdad, pues antes de ser el Cristo, Él es la Verdad. Si uno se desvía de Él para ir en pos la Verdad, no andará largo trecho sin caer en sus brazos»⁷².

Los que han sido instruidos en la verdad de Jesús (Ef 4, 21) han de caminar rectamente en la verdad del evangelio (Ga 2, 14). Llamados a ser de la verdad (Jn 18, 37) y a que la verdad esté en nosotros (1 Jn 1, 8), hacemos la verdad permaneciendo en el amor (1 Jn 3, 18; Ef 4, 15). Por ella quedamos santificados (Jn 17, 6) y logramos la libertad (Jn 8, 32).

Fiel es el creyente que guarda la palabra de Dios y va por la vida caminando en la luz de la verdad. El que es realmente fiel, en la más recóndita profundidad de su corazón, al mandato

69 Gracián, *El Criticón*, II, ii, op. cit., p. 1042.

70 Weil, *Echar raíces*, op. cit., p. 202.

71 Zambrano, *Claros del bosque*, op. cit., p. 28.

72 Weil, S., *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993, p. 42.

de Dios, oye una voz que es la voz de Dios y, acogiéndola, vive su cotidianidad humana como vida divina. La fidelidad es un don del Espíritu, un fruto sembrado por Dios que madura en nuestros corazones para que vivan en la verdad (Ga 5, 22). La fe entra en el hombre cuando éste abre los oídos de su corazón a la palabra que es la verdad, cuando se deja llevar dócilmente por la voz de Dios que lo llama. La llamada quiere ser percibida y con una infinita paciencia espera ser oída. Por eso pasa Dios, una y otra vez, con la semilla de su palabra, por el campo pedregoso de nuestro corazón, y la esparce con la esperanza de que algo brotará.

Para ver y ver de veras lo verdadero y eterno es preciso poder sacudirse de lo impuro de sí mismo, hay que mirar con el hombre interior, desnudándolo de la costra terrenal que enturbia, ofusca y trastorna la recta visión. S. Juan de la Cruz insiste sobre todo en esa verdad oriunda de Dios expresada «en la lengua de Dios», muy otra de la nuestra, y anima a descubrir el espíritu de las palabras de la Escritura más allá del sentido literal. «El espíritu es muy diferente de nuestro entender y dificultoso y es muy más abundante que la letra y muy extraordinario y fuera de los límites de ella. El que se atare a la letra, o locución, o forma, o figura aprehensible no podrá dejar de errar mucho y hallarse después muy corto y confuso. La letra mata y el espíritu da vida (2 Co 3, 6). Entendida espiritualmente la palabra de Dios es verdaderaísima. Dios habla según lo principal; los hombres entienden sus palabras a su modo, de lo menos principal, de lo que Dios hace poco caso. Por eso se ciegan con la bajeza de la letra y no entienden el espíritu y verdad de ella... Nos podemos mucho y muy fácilmente engañar en nuestra manera de entender los dichos de Dios, porque ellos todos son abismo y profundidad de espíritu y quererlos limitar a lo que de ellos entendemos y puede aprehender el sentido nuestro, no es más que querer palpar el aire y palpar alguna mota que encuentra la mano en él; y el aire se va y no queda nada»⁷³.

«Pueden ser las palabras de Dios verdaderas y ciertas y nosotros engañarnos en ellas por no las saber entender alta y principalmente y a los propósitos y sentidos que Dios en ellas lleva»⁷⁴. «Porque Dios siempre habla en sus palabras y atiende al sentido más principal y provechoso, y el hombre puede entender a su modo y a su propósito el menos principal, y así quedar engañado»⁷⁵.

Para poder comprender la verdad que Dios nos dice se requiere una apertura del espíritu, un silencio, un escuchar atentamente, una fe, una renuncia a la comprensión en sí misma, a fin de dejar hablar a Aquél que de alguna manera interpela al hombre. En la fe hay una renuncia, una reserva, un dejar hacer al Dios que habla. A través de este dar cabida a la pluralidad de la Palabra, el creyente comienza a vislumbrar el sentido de las palabras que Dios pronuncia.

Mi verdad

Cada cual debe encontrar la verdad que sea su verdad para ser aquello que tiene que ser, ser «a su modo». «Comience por sí mismo el discreto a saber sabiéndose»⁷⁶. «No hay cosa más dificultosa que el conocimiento propio. El primer paso del saber es saberse. Pero este aforismo de conocerse a sí mismo presto es dicho y tarde hecho. Por encargarlo fue uno

⁷³ Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, L. 2, 19, 5-10, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 2002, pp. 351-354.

⁷⁴ *Ibid.*, 19, 14, p. 356.

⁷⁵ *Ibid.*, 19, 12, p. 355.

⁷⁶ Gracián, *El Discreto*, I, op. cit., p. 111.

contado entre los siete sabios. Por cumplirlo ninguno hasta hoy»⁷⁷. La cosa más grande del mundo es, teniendo conciencia de la propia personalidad, saber ser sí mismo: «conócete a ti mismo» para «ser el que eres». La inscripción del templo de Delfos contiene un precepto más importante y más difícil que todos los gruesos libros de los moralistas... Entrar en sí mismo y escuchar la voz de la conciencia en el silencio de las pasiones: he ahí la verdadera filosofía. El «conócete a ti mismo» de la sibila de Delfos llega a su culminación en la época moderna. El principio del humanismo se expresa en la admirable fórmula de Don Quijote: «Yo sé quién soy y de qué soy capaz».

La cuestión del quién – ¿Quién soy yo? – preside toda búsqueda de la identidad personal: el hombre es la pregunta que se hace a sí mismo antes de que otra haya sido formulada. La primera cuestión no gira hacia ninguna finalidad natural sino que se perpetúa en nuestros extraños discursos humanos sobre el sentido de la vida. Es la pregunta dirigida a mí mismo desde el fondo de una absoluta soledad. La vida no es búsqueda de experiencias sino de nosotros mismos.

En la *Genealogía de la moral* Nietzsche comienza por afirmar: «nosotros los que conocemos somos desconocidos para nosotros, nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos: esto tiene un buen fundamento. No nos hemos buscado nunca, – ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?... después de ocurridas las cosas preguntamos sorprendidos del todo, perplejos del todo ¿qué es lo que en realidad hemos vivido ahí? Y nos ponemos a contar con retraso las doce campanadas de nuestra vivencia, de nuestra vida, de nuestro ser – ¡ay!, y nos equivocamos en la cuenta... necesariamente permanecemos extraños a nosotros mismos, no nos entendemos, tenemos que confundirnos con otros, en nosotros se cumple por siempre la frase que dice ‘cada uno es para sí mismo el más lejano’. – en lo que a nosotros se refiere no somos ‘los que conocemos’...»⁷⁸.

El hombre ignora lo que es y no es lo que sabe, siendo el propio conocimiento «el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean»⁷⁹.

La conciencia es la voz que viniendo de una profundidad que está más allá de la propia voluntad y de la propia razón se hace oír para que la existencia humana, cuya voz es, llegue a la unidad consigo misma. El hombre no puede tener más que una vida auténtica, la reclamada por su vocación singular y concreta, su vida personal. Para descubrir el proyecto mismo de su ser hay que conocer el imperativo vital, el tener que ser de la vocación personal, situado en la región más profunda y primaria de nuestro ser. Es la conciencia vital, algo más profundo y previo a la conciencia en general.

A la hora de querer abarcarse y comprenderse a sí mismo el hombre descubre que hunde sus raíces en algo profundo y misterioso. A solas consigo mismo se descubre habitado por una profundidad insondable. «Gran abismo es el hombre mismo»; su interior, «un santuario vasto y sin fronteras. ¿Quién ha llegado a su fondo? Ni yo mismo comprendo todo lo que soy. ¿Será, quizás, porque mi alma es demasiado estrecha para contenerse a sí misma y por eso no puede saber quién es y dónde está? Pero ¿dónde puede estar lo que de sí misma no cabe en ella? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Por qué, pues, no lo puede abarcar?»⁸⁰. «Porque aunque nadie de entre los hombres conoce la intimidad del hombre, sino el espíritu del hombre que

77 *Ibid.*, VIII, p. 135.

78 Nietzsche, F., *Genealogía de la moral*, «Prólogo», 1, Madrid, Alianza, 1980, p. 17-18.

79 Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, xiii, 15, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 1979, p. 68.

80 Agustín, *Confesiones*, IV, 14, 22, 143; X, 8, 15, op. cit., p. 335.

hay en él, sin embargo, a pesar de todo, hay en el hombre algo que ni siquiera conoce el espíritu del hombre que hay en él»⁸¹.

En su relación con Dios, va a descubrir el hombre su verdad personal. En su más íntima entraña el hombre está dialógicamente diseñado. Dios al crearlo le quiso imagen viviente suya, reflejándose en él y teniéndole delante como para dirigirle permanentemente su palabra.

Dios y el hombre son dos realidades en relación dinámica y recíproca. El hombre no se conoce sino en Dios o en la presencia de Dios. Mediante la hondura de nuestra conciencia de Dios nos volvemos transparentes para nosotros mismos. El conocimiento de Dios, actualizado en el espejo de su imagen dentro de nosotros, coincide misteriosamente con su conocimiento de nosotros: «conoceré igual que he sido conocido» (1Co 13, 12). El reconocimiento de nuestro verdadero yo en la divina imagen es un reconocimiento de que somos conocidos y amados de Dios. S. Agustín repetía: *Noverim me, noverim Te*. «Deseo conocer a Dios y al alma. ¿Nada más? Absolutamente nada más»⁸².

En la Verdad de Dios conocemos nuestra propia verdad; es en la contemplación serena y amorosa donde recibimos la piedra blanca con nuestro nombre que sólo conocemos cuando se nos da (Ap 2, 17), el mismo nombre que Dios tiene tatuado en la palma de su mano (Is 49, 16), el nombre con el que me conoce y me llama Jesús a seguirle (Jn 10, 27), el nombre con el que estoy inscrito en el libro de la vida (Lc 10, 20; Ap 3, 5). El nombre secreto con el que me conoce el Amor divino me descubre la interpretación original y particular del Ser divino que debo ser yo. El Señor ha hecho a cada ser humano depositario de una cierta intención, que es su razón de ser; lo ha elegido para una función precisa que es irremplazable. Seré de verdad yo mismo asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre mí, viviendo como sugiere el nombre al que pertenezco; entonces entenderé que «Dios me honra y enriquece tanto como si no hubiera en el mundo otro a quien regalar sino que todo Él es para mí»⁸³.

Cuando el hombre entra en relación con Dios saborea en el misterio el sentido de su llamada. El nombre con el que me conoce el amor divino me descubre la interpretación original y particular del ser divino que debo ser yo, la idea señera, grande, santa y amorosa de Dios, la que Él tiene sobre mí y sobre mi vida. Alcanzar nuestro verdadero nombre no es un trabajo menos difícil que alcanzar la eternidad. En este nombre nuevo, el del santo silencio, Dios, el Sin Nombre y al que le cuadran los nombres de todas las cosas, nos revela el suyo. «Al que salga vencedor lo haré columna del santuario de mi Dios y ya no saldrá nunca de él; grabaré en él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén que baja del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo» (Ap 3, 12). Para sentirlo hay que permanecer en el desierto del alma cara a cara con el nombre de Dios.

El secreto de mi identidad está escondido en el amor y la misericordia de Dios. Sólo Él puede hacer de mí la persona que yo soy o, mejor, la persona que seré cuando al fin comience a ser plenamente. Si no deseo esta identidad y trabajo con Él y en Él para encontrarla, la obra nunca será realizada. La manera de hacerlo es un secreto que sólo Dios puede enseñarme. La meditación me permite ver y comprender la obra que Dios quiere que haga. Las semillas que en todo momento planta la voluntad de Dios en mi libertad son las semillas de mi identidad, de mi realidad, de mi felicidad. En Dios, el eterno misterio de su vida, el hombre descubre su verdad y con feliz confianza se atreve a llevar adelante su palabra convertida en su propia vida.

81 Agustín, *Confesiones*, X, 5, 7, op. cit., p. 312.

82 Agustín, *Soliloquios*, I, II, en *Obras completas* I, BAC, Madrid 1957, pp. 441-442.

83 Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Canc. 2, 36, en *Obras completas*, p. 967.

Haciendo de la verdad divina la ley de su existencia llega a ser «un hombre de la verdad» (Ex 18, 21), que «anda en la verdad» (Sal 16, 3).

Sembrador de la verdad

El Profesor Ayala ha buscado perseverantemente la verdad leyendo mucho, viajando mucho, reflexionando mucho y orando mucho. Como el discreto graciano «repartió el viaje de su vida en tres estaciones: la primera empleó en hablar con los muertos; la segunda con los vivos; la tercera consigo mismo. El primer tercio de su vida destinó a los libros; leyó, que fue más fruición que ocupación; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu. ¡Gran felicidad topar con los selectos en cada materia!»⁸⁴. El discreto «traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas, averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría»⁸⁵. Va haciendo así «concepto de todo y más de lo que importa más... Hace concepto el sabio de todo, aunque con distinción cava donde hay fondo y reparo; y piensa tal vez que hay más de lo que piensa de suerte que llega la reflexión adonde no llegó la aprehensión»⁸⁶.

Su sed de verdad se le acrecentó al darse cuenta que la filosofía no es capaz de dar una respuesta incontestable a las grandes preguntas del ser humano. Las fuentes de la sabiduría se le abrieron al encontrar en la Sagrada Escritura la Verdad de Dios y de allí bebía a torrentes «la verdad que lo haría libre» (Jn 8, 32); «quizás sea ella el lugar del primer sentido de los seres, el lugar donde lo cargado de sentido comienza»⁸⁷. «Más se nos dio por el Maestro que descendió hasta nuestra histórica vida, hasta nuestra oscura, ciega y absolutista –tratándose de esta civilización occidental- condición, dándonos al par el absoluto y la relatividad pertinente»⁸⁸. En ella encontramos el pensamiento último, revelador, que nos permite situar y colocar ordenadamente los problemas, los pensamientos; el camino permite moverse hacia una dirección. «Coronó su plática estudiosidad con una continua, grave lición de la Sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto»⁸⁹.

Consiguió así la sabiduría, esa recomposición imprevisible de saberes, de culturas y experiencias que uno ha atravesado. La sabiduría es, a la vez, don y quehacer personal. Esa sabiduría, que en la encrucijada misma de su etimología sugiere sencillez, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor, la comunicaba generosamente a los demás.

Como profesor de filosofía el P. Ayala fue un sembrador de la verdad, la verdad pequeña y sencilla que cada día compartía con sus alumnos. Su vida queda marcada por la circunstancia del Profesor que se debate dentro de la realidad académica, constantemente interpelado por las inquietudes juveniles y por los problemas de nuestro tiempo. Sus palabras son *logoi spermatikoi* o *rationes seminales*, dando a estos términos de raigambre estoica y agustiniana, el pleno sentido de ideas vivas, dotadas de una potente virtud generativa. Hablando los sabios

84 Gracián, *El Discreto*, XXV, op. cit., p. 196. El Prof. Ayala muestra su erudición en sus estudios sobre Andrés Piquer, Miguel de Molinos, Huarte de San Juan, pero sobre todo en su monumental obra *Pensadores aragoneses. Historia de las ideas filosóficas en Aragón*, Zaragoza, IFC, 2001.

85 Gracián, *El Discreto*, XXV, op. cit., p. 197.

86 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 35, op. cit., p. 215.

87 Lévinas, *Ética e infinito*, op. cit., p. 27.

88 Zambrano, M., *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid 1991, p. 14.

89 Gracián, *El Discreto*, XXV, op. cit., p. 196.

engendran otros y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. El profesor siembra sin preocuparse mucho por las condiciones ambientales necesarias para liberar la potencial fertilidad de su simiente. Le mueve una confianza serena y firme en que habita la verdad dentro de nosotros, en que somos vaso de verdad y en que la verdad es consuelo; «el amor de la verdad es tan grande, que todos aquellos que aman otra cosa quisieran que eso que aman fuera la verdad»⁹⁰; confía en que, al obrar con pureza y sencillez de intención, servimos a un designio supremo. Yendo junto a sus alumnos muchas veces siente la alegría de ver aproximarse a ellos la verdad humilde y antigua, la verdad que necesitan. Esta verdad que necesitan es la que en la vida renace y revive, la que es capaz de renacer tantas veces como sea necesaria. Es la verdad naciente y renaciente, operante, capaz de transformar la vida. Por eso una forma sobria de pensar sólo pretende con mesurada modestia sugerir, incitar, ya que la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida.

La cualidad que en un buen profesor envuelve todas las demás, abrazándolas, dándoles su tono y su sentido, es el altruismo intelectual. Comunicaba su saber con una solicitud amorosa por sus alumnos; atento a enseñar la verdad con sencillez y claridad, hacía donación de sí, en el sentido total de la palabra. Infatigable trabajador en él se aunaban felizmente las virtudes de todo buen profesor: humildad y generosidad. Alimentando cada mañana con su humilde ración de doctrina el espíritu menesteroso de sus alumnos, de alguna manera se convirtió en su formador y padre. Sobre la mesa-altar, a orillas del gran misterio, el profesor gasta muchas horas de su vida meditando sobre los enigmas de Dios, del hombre y del mundo. Su sed de verdad es su oración. El Señor de la palabra desciende a dársela. Escuchando la voz que le viene de lo insondable levanta el velo de lo misterioso con bondad atenta y silenciosa para que no se quede en su lejanía inaccesible.

Oráculo juicioso de la verdad

Liberado de la tarea docente el Profesor Ayala, ya maduro, con la testa desembarazada, ha entrado en la etapa de la quietud feliz donde asisten el reposo, el asiento, la madurez con la prudencia, con la gravedad y la entereza. «Es destinada la madura edad para la contemplación, que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo; realzase la balanza de la parte superior lo que descaesce la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad, se sazonan los discursos y los afectos. Hace noticiosos el ver, pero el contemplar hace sabios. La misma Filosofía no es otro que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces antes, para acertarla hacer bien una sola después»⁹¹.

Sólo al final de la vida encuentra el hombre la verdad, hija del tiempo. «La verdad siempre llega la última, y tarde, cojeando con el tiempo»⁹². El encuentro con ella se logra tras un largo proceso de desciframiento de la realidad. «Las verdades cuanto más ancianas, más hermosas, que el tiempo que todo lo desluce, a la verdad la embellece»⁹³. Gracián insiste en que el desengaño, «el querido hijo de la verdad por lo hermoso y lo lucido», «llega tarde». «Sólo en la vejez topan los hombres con el desengaño. Él los halla a ellos, quítales las vendas y abren los

90 Agustín, *Confesiones*, X, 34, op. cit., p. 341.

91 Gracián, *El Discreto*, XXV, op. cit., pp. 197-198.

92 Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 146, op. cit., p. 252.

93 Gracián, *El Criticón*, III, iv, op. cit., p. 1323.

ojos cuando ya no hay que ver. A la salida está el Desengaño, la verdad al fin y la ya inútil experiencia»⁹⁴.

El hombre de verdad es el hombre cabal, íntegro, el hombre en su punto, el hombre de ley, el hombre de sustancia y entereza, «hombre de cien corduras, cien esperas, cien advertencias y otros tantos entendimientos, hombre de mucha sustancia»⁹⁵; es el hombre bueno, justo, de parte de «la enterísima verdad»; actúa «a petición de la Verdad y la Entereza». Parece un oráculo; no solamente puede sino que debe decir las verdades; «y dar consejos por oficio, como maestro de prudencia y catedrático de experiencia. Pero, atento a que suelen ser estériles las palabras sin las obras, se les amonesta que procedan de modo que siempre precedan los ejemplos a los consejos»⁹⁶.

«Nosotros no podremos llegar a ser verdaderamente *maestros* más que si nos alzamos con todas las fuerzas de esta atmósfera de nuestro tiempo y si somos, no sólo hombres más sabios, sino, sobre todo, hombres *mejores*»⁹⁷. Pertenece a la humanidad más elevada, más clara, que por número será muy pequeña, si intentamos ser virtuosos, ideal nunca alcanzado pero que todos podemos rozar acercándonos a él hasta el infinito: es lo que en el Fedón se llama *ir lo más cerca*⁹⁸.

¿Hay mayor felicidad que vivir entre hombres de bien, de verdad, de conciencia y entereza? Las acciones del hombre bueno son destellos de su verdad interior. La verdad escapa imperceptible de la persona que la vive. El que habla por experiencia, aunque calle lo más importante, comunica. Wittgenstein en el *Tractatus Logico-Philosophicus* insiste de manera apasionada que todo lo que cuenta en la vida es justamente aquello de lo que debemos callar. Su lenguaje es el lenguaje de la creencia muda. De esta actitud, en personas aptas para ella, surgirán nuevas formas sociales que no necesitarán comunicación verbal alguna, sino que serán vividas y, por ello, mostradas por esas personas. En el futuro no se comunicarán los ideales mediante intentos, inevitablemente falsificadores, de describirlos, sino sólo mediante modelos de un modo adecuado de vivir. Con la verdad sólo cabe hacer una cosa: mostrarla.

«Quisiera ser mejor y más inteligente. Ambas cosas son una y la misma», decía Wittgenstein. Bergson en una carta dirigida a su «alma gemela», W. James, en 1909 afirmaba que «la más alta ambición de la filosofía es hacernos mejores y más fuertes»; en una nota redactada en 1925 nos dejó esta confesión: «Quien ha pasado su vida buscando la verdad, se da cuenta de que la hubiera empleado mejor haciendo el bien». «Aristóteles insistía en que la finalidad de la ética es hacer buenos a los hombres pero no creía que podría hacerlos buenos dando conferencias sobre ética o escribiendo un manual. Supongamos que alguien me pidiera un código moral con arreglo al cual vivir; yo le respondería, como de hecho lo hizo Aristóteles: no puedo darle un código; vaya a observar a los hombres mejores y más sabios que pueda encontrar e imíteles»⁹⁹. Séneca aconseja a Lucilio a «escoger más bien a los que enseñan más con sus vidas que con sus discursos; a los que, después de decir lo que se debe hacer, lo demuestran haciéndolo. Toma por guía a quien gane más en ser visto que en ser oído»¹⁰⁰. Para

94 *Ibid.*, III, v, p. 1345.

95 *Ibid.*, III, vi, p. 1371.

96 *Ibid.*, III, ii, p. 1280.

97 Nietzsche, F., «Carta a Edwin Rohde (Basilea, 15-12-1870)», en *Correspondencia*, Madrid, Aguilar, 1989, p. 151.

98 Platón, *Fedón*, 65E, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1969, p. 617.

99 Novell-Smith, P.H., *Ética*, Estella, Verbo Divino, 1977, p. 34.

100 Séneca, *Cartas a Lucilio*, 52, en *Tratados filosóficos. Cartas*, Madrid, Gredos, p. 302.

que sus enseñanzas sean más útiles le invita a visitarle: «la viva voz y la convivencia te serán más útiles que la palabra escrita; los hombres se fían más de la vista que de oído; además, el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos»¹⁰¹.

Los buenos dan rostro a la virtud y a la verdad; capaces de una comunicación que sin ofrecerla dan, expanden suavemente, sin que sus valores trasciendan, una indescriptible fragancia; nos atraen, en silencio, como un abismo blanco. Cruzando la vida anónimos, reacios y hasta tacaños de su ser, irradian diafanidad en torno a su persona viviente; la vida que llevan en sí fundamenta o ilustra normas de conducta. Es todo su ser lo que constituye el mensaje. Así veo al profesor Ayala, un hombre de veras en quien no hay falsedad, cuando lo encuentro por las calles de Zaragoza siguiendo a solas la escondida senda por donde van los pocos sabios que son en el mundo.

José María Andreu Celma
josemariaandreu@telefonica.net

Fecha de recepción: 17/10/2017

Fecha de aceptación: 17/10/2018

101 Séneca, *Cartas a Lucilio*, 6, en *Tratados filosóficos. Cartas*, op. cit., pp. 111-112.